

desesperación, si la vida aun te reserva un surco para cultivar, un corazón para decorar con las perfumadas flores de tu ingenuidad cariñosa, y una cumbre que escalar, llena de ardores el alma?

Ah! ya te dije cómo todo tiene su límite, y cómo para todo llega su hora. Ninguna de las que he vivido, vistió tan negro luto como la de ahora. Del árbol de mi vida cayeron, en el invierno de una desolación, todas las verdes hojas de la esperanza, y el árbol quedó desnudo, azotadas sus ramas—cual brazos de esqueleto—por fríos vientos de infortunio que recitaban entre ellas un largo *de profundis*, como el fúnebre canto de la alondra herida al pie del nido. Pero allí entre los descarnados brazos de ese árbol erguido en medio á la brumosa senda, como en un gesto de miseria invencida, descansaba plácida, tranquilamente, el nido de mi amor. El lo resistió todo. No pudieron destruirlo las nevadas de desolación ni los fríos de infortunio. Era el último trofeo de mi vida, el postrer girón de mi alma, la única estrella que prestó un pálido resplandor á mi sendero cuando me quedé solo, reclamando un brazo humano que no vi extenderse en ademán fraternal, ya que no es de esta época ayudar al que flaquea en mitad de la jornada.

Y como el náufrago arrojado á playas extranjeras, oprime contra el pecho delirante de emoción, lo que pudo rescatar sobre las aguas, di á ese amor todas las fuerzas de mi alma, todos los vígores de mi espíritu, los fuegos todos de mi corazón. El simbolizaba para mí cuanto de noble y bello he aspirado; todas mis ansias. Cuando pensé con desaliento en la derrota de mis creencias y en las mentiras del vivir actual, ese cariño, el de ella, que buena y compasiva curó mis heridas y reprimió mis ímpetus feroces, me alentó para seguir batallando por la consecución de un ideal tantas veces fantástico.....

Pero ya se fué hasta ella. Los ecos de sus voces de cariño en premio de mis luchas, ya no suenan en mis oídos

cuando caigo rendido en una encrucijada de la senda; su amor es ya un pretérito, y han quedado en mi mente tras del hundimiento de ese sol, una hermosa estela de recuerdos melancólicos, como los últimos rayos del sol que decoran las más altas cumbres.

—Pobre amigo mío, me atreví á interrumpirle en ese momento augusto, engrandecido por el dolor de un alma vencida; haz un esfuerzo. Por qué no has de resistir estos golpes, y aguardar el advenimiento de una época mejor?

Una época mejor? ¡Así pensáis vosotros los que de niños no habéis sentido la estrechez y el frío de la miseria, de jóvenes la tiranía que lucha por ahogar en el alma los sentimientos de rebeldía, y de hombres el convencimiento de la inutilidad de una existencia que labora en sentido contrario al del común de todas las gentes, huéspedes de este siglo hipócrita. Como si las condiciones de esta humanidad fueran producto de la época y no de los hombres. Para regenerarla hay que destruirla.

—Pero, qué podemos hacer que no sea resignarnos á esta existencia?, le agregué.

Amigo mío, quién está obligado á luchar y á soportar las inclemencias de una vida que no buscó? La vida es una eterna imposición. Nacemos felices ó desgraciados, por fuerzas extrañas á nuestra voluntad y á nuestro empeño. Y en ese caso, hay obligación de aceptar la vida como venga, y de luchar atados á ella, tal vez en el más espantoso de los cautiverios? Estamos obligados á transitar por una senda que se nos marca despóticamente? La humanidad marchará más decididamente por donde quiera ir, cuando á los talleres de la vida sólo asistan los que tengan voluntad de vivir bajo la lluvia de este sol que baja desde lo alto hecho beso de luz y de calor para todos, en humillante contraste con la Justicia injusta de los hombres.

No has visto? Todos los pechos son de maldad, todas las sonrisas de hipocresía, y la mejor vida es la que no se vive.....